

Los nuevos retos de un problema histórico

Leonardo Calvo Cárdenas
Historiador y politólogo
Vicepresidente del *Partido Arco Progresista* (PARP)
Vicecoordinador nacional del *Comité Ciudadanos por la Integración Racial* (CIR)
La Habana, Cuba

La problemática racial, la cual paradójicamente los gobernantes cubanos dieron como resuelta y silenciada por tanto tiempo, se le comienza a colocar cuesta arriba al alto liderazgo de la Isla.

La crisis estructural e irreversible del modelo totalitario deja cada vez más al descubierto la reafirmación de las desventajas históricas sufridas por los afrodescendientes cubanos, solo resueltas en el discurso autocomplaciente de las autoridades de La Habana.

En los últimos años varias circunstancias objetivas complejizan y a la vez otorgan una incómoda visibilidad al delicado asunto. En primer lugar se observa que la sociedad cubana, a nivel del pueblo llano, toma conciencia e inquietud sin precedentes con relación a este problema. Que los ciudadanos negros y blancos se sensibilicen con el asunto apunta al alcance de una nueva perspectiva socio-cultural de un fenómeno cuya solución es definitoria para la convivencia y estabilidad futura de una nación abocada a reconstruir las bases esenciales de esa convivencia. Es mala noticia para los gobernantes que los cubanos de a pié comiencen a despojarse de esquemas coloniales y silencios paralizantes para mirar, pensar y hablar sobre la problemática racial.

Otro elemento significativo es el surgimiento de instituciones independientes que, con alto nivel intelectual y capacidad de conexión social, comienzan a incidir sobre el problema para contribuir a reabrir el debate y dotar a los ciudadanos de las herramientas de conocimiento, autoestima y lucha cívica tan necesarias para enfrentar el complejo asunto.

Una nueva dimensión al abordaje del tema aportan iniciativas como el Salón de Negras y Negros Ilustres de Cuba, con el cual el *Comité Ciudadanos por la Integración Racial* reconoce y rinde homenaje a los afrodescendientes relevantes de nuestra historia sin hacer distinción temporal o ideológica, cosa que al gobierno cubano le está negado hacer por su propia naturaleza. La celebración del primer Foro Raza e Identidad: Cuba pasado, presente y futuro (octubre 2010) demostró que los luchadores antirracistas cubanos estamos en plena capacidad de tratar el tema con todo el rigor intelectual que merece, sin convertir el conclave en una tribuna de confrontación política. Por su parte la activación del *Observatorio Ciudadano contra la Discriminación* implica que ya los cubanos comienzan a dejar de ser víctimas inermes y las autoridades, violadores impunes de los más elementales derechos ciudadanos.

Hasta el momento Cuba se había mantenido ajena al creciente movimiento continental y mundial que promueve por todas las vías posibles el rescate y reconocimiento de la herencia y los derechos de los afrodescendientes. Sin embargo, en la actualidad son muchos los observadores e interlocutores internacionales interesados en el tema que miran hacia Cuba con visión objetiva y crítica. Muchos activistas antirracistas de Sur y Norteamérica, que durante mucho tiempo habían apreciado a la revolución cubana como paradigma, manifiestan preocupación por la compleja realidad cubana y solidaridad hacia los antirracistas de la Isla.

La solidez y pujanza de los movimientos antirracistas independientes, así como la atención internacional que despierta la realidad del país, han generado inquietud en las autoridades cubanas, quienes han lanzado sus mecanismos represivos sobre las acciones pacíficas de estos movimientos independientes, impidiendo por la fuerza la realización de sus actividades, además de negar con frecuencia a sus activistas la entrada a los espacios oficiales de ventilación intelectual del tema. En los últimos tiempos las autoridades cubanas han ejercido fuerte presión sobre algunos destacados intelectuales cercanos al oficialismo con el objetivo de sembrar la división o la discordia entre los interesados en el tema racial y restar fuerza a las visiones críticas sobre la problemática.

A estas alturas los esfuerzos por mantener el tradicional silencio y manipulación sobre la cuestión racial se tornan cada vez más infructuosos, pero la ausencia de convicción responsable lleva a adoptar algunas posiciones inconsistentes e inconsecuentes distantes del tratamiento objetivo y serio que merece el asunto. El caso es que para enfrentarlo, por su envergadura y trascendencia, es necesario ante todo reconocer la existencia del problema. Ante un fenómeno como la problemática racial,

quienes conservan por la fuerza todo el poder no pueden tener varios discursos oficiales.

En su momento los máximos líderes —Fidel y Raúl Castro— han reconocido la gravedad del problema, llegando incluso a considerar vergonzosos los retrasos y lagunas que arrastramos en este tema. Claro está, han adoptado tal posición sin admitir las responsabilidades propias. Mientras los oficiales de la policía política niegan de plano la existencia del problema en Cuba, algunos voceros oficiales aseguran que el racismo ha sido enfrentado con la participación en contiendas bélicas en el continente africano y la promoción de grupos de música y danza folklórica, a lo que se agrega el otorgamiento de becas de estudio para estudiantes africanos y caribeños. Algunos académicos autorizados admiten la existencia de ciertos retrasos por causa del monopolio del conocimiento ejercido por las élites a lo largo de nuestra historia o el débil tratamiento del problema en el ámbito educacional o mediático.

Después de doce años sin hacer acto de presencia en el Comité de la ONU contra la Discriminación Racial (CERD), el informe presentado por el viceministro cubano de Relaciones Exteriores asegura que en Cuba solamente subsisten algunos prejuicios dimanados de varios siglos de colonialismo, que «no tienen una significativa entidad y se expresan particularmente en las esferas más íntimas de la vida, con mayor frecuencia en la relación de pareja».

Cualquiera que posea mínimo conocimiento de la historia y la realidad cubanas sabe que la zona menos comprometida con el racismo en nuestro país ha sido las relaciones interpersonales y de parejas. Cuba es hija del mestizaje, del recurrente vínculo amoroso o carnal entre blancos y negros. Muchas veces la convivencia interracial que ha caracterizado a la sociedad cubana desde su surgimiento ha enmascarado o desvirtuado las verdaderas atrofas culturales y estructurales que han impedido el logro de la tan anhelada igualdad

entre los diversos componentes de la nación cubana. Tal parece que los funcionarios y expertos del Ministerio de Relaciones Exteriores (MINREX) —casi todos blancos, para más señas— tienen en muy baja estima la inteligencia de los expertos del CERD y consideran que los hermanos Castro se dedican a hablar sandeces sin fundamento sobre problemas de extrema trascendencia.

La claridad y contundencia de los *Motivos de preocupación y recomendaciones* contenidas en las *Observaciones finales* del CERD para el análisis del caso cubano demuestran, en primer lugar, que la verdadera realidad social del país ya no es tan desconocida para los observadores y especialistas foráneos y nos deja claro cuán desfasados están los gobernantes cubanos de las dinámicas y ambientes globales de tratamiento de un problema tan complejo.

Las recomendaciones en cuanto a la creación de entidades independientes para el tratamiento del problema racial, la ratificación de los Pactos de la ONU que promueven el respeto a todos los derechos humanos, la adecuación de las leyes a los valores universalmente asumidos, las necesarias transformaciones en los ámbitos estructural, educacional y mediático y la conexión ya establecida entre el CERD y los movimientos antirracistas independientes de la Isla colocan a las autoridades cubanas en situación bastante comprometida de cara a su próxima presentación ante este órgano.

Lo interesante del caso es que los expertos de la ONU (quienes no resultaron tan ingenuos y desinformados como imaginaron los estrategas del MINREX), por no haber tomado contacto directo con la realidad cubana, desconocen que las plataformas oficialistas de tratamiento del tema no pasan de ser un grupo de entidades fantasmagóricas e inoperantes sin vínculo real con el latido profundo de la sociedad y que se mantienen muy a la zaga de las inquietudes y cuestionamientos intelectuales que generan las relaciones interraciales. Los expertos del CERD parecen no imaginar

que, por obra y gracia del silencio gubernamental, los ciudadanos cubanos están totalmente ajenos a los mecanismos de la ONU, al compromiso de Cuba y a lo ventilado en la mencionada sesión del CERD.

El 26 de marzo de 2011, exactamente un año después de que la ONU declarara el Año Internacional de los Afrodescendientes (2011), las autoridades culturales de la Isla presentaron el programa de sus acciones conectadas a esta agenda global. Más allá de la lenta reacción que muestran las instituciones oficialistas para enfrentar determinados asuntos importantes —la Agenda 2011 del CIR fue presentada el 29 de diciembre pasado bajo el acoso represivo de la policía política— o de que lo allí expuesto y programado se convierta, como tantas veces ha sucedido, en letra muerta, llama poderosamente la atención que allí escuchamos dos nuevos y contradictorios discursos oficiales.

Dos de los funcionarios encargados de la presentación aseguraron, en una especie de bandazo oportunista, después de tanto negar el valor de la herencia africana para nuestra cultura y ser nacional, que «ser cubano, por historia, sensibilidad y cultura es ser hijo de África». Así enviaron por conveniencia coyuntural al fondo del clóset a los demás componentes originarios de la nacionalidad cubana. No contentos con eso, hicieron caso omiso de una realidad a todas luces innegable y lanzando al barro, una vez más, lo planteado por los líderes máximos aseveraron que «la primera gran acción afirmativa que dignificó masivamente a los descendientes de los negros esclavos fue la victoria popular de enero de 1959».

Tal parece que el racismo de la élite es visceral y arterial al punto de que son incapaces de moverse más allá del viejo diseño de intentar dividir y enfrentar a los intelectuales negros, reprimir a los que no se someten y persistir en esos discursos oficiales de tan bajo realismo y entidad intelectual, generalmente contradictorios y a veces ridículos. En muchas ocasiones el alto liderazgo, en función

de intereses coyunturales o de supervivencia política, ha cambiado de posición o diseño en temas que constituían cuestiones de principio, como la comunidad cubana en el exterior, la circulación de divisas, la industria turística, la inversión extranjera, la tolerancia religiosa y la iniciativa económica no estatal, conocida como trabajo por cuenta propia. Sin embargo, ni la evidente y peligrosa complejidad de la problemática racial ni los crecientes cuestionamientos provenientes de todas las latitudes motivan la sensibilidad y responsabilidad de las autoridades cubanas.

El sistema de educación, por ejemplo, ha sido víctima en los últimos años de múltiples transformaciones e innovaciones, muchas de ellas poco felices, pero los derechos humanos, las potestades ciudadanas y la problemática racial nunca encuentran espacio en los programas de educación. Es largo el camino que tenemos que recorrer como sociedad para enfrentar las fracturas y carencias acumuladas. El Año Internacional de los Afrodescendientes, los mecanismos que promueve la ONU y las propuestas consecuentes que aportan los movimientos cívicos independientes constituyen oportunidades que el gobierno cubano no debe perder para ponerse a tono con los tiempos y las necesidades de la sociedad.

Para contribuir a la justa ventilación del problema, las autoridades cubanas deben pasar de reconocer la persistencia del problema a asumir las responsabilidades que les asisten por tales retrasos. Promover el verdadero rescate y valoración de la historia, sin omisiones ni tergiversaciones, e incluir en los programas

de educación la historia verdadera de hechos, figuras y procesos tantas veces invisibilizados. Promover una valoración justa de la herencia cultural de los africanos y sus descendientes, así como el debate intelectual, académico, social y cultural sobre el tema en todos los espacios y niveles, para que los ciudadanos participen y aporten, libres de coacciones o tutelajes. Promover el equilibrio de representación en los espacios mediáticos, las imágenes simbólicas, comerciales y corporativas. Pasar de la represión al reconocimiento y colaboración con las plataformas independientes a favor de la integración racial y sobre todo, promover el respaldo material a los afrodescendientes para que se inserten de manera digna en las nuevas dinámicas socioeconómicas que enfrenta la sociedad.

Estos podrían ser algunos de los pasos iniciales y definitivos de la sensibilidad y responsabilidad que los gobernantes cubanos se empeñan en no demostrar, con lo cual corren el peligro de quedar muy a la zaga del tratamiento de una problemática que se encuentra en el centro de la atención de las sociedades, los gobiernos, los organismos internacionales e incluso las grandes corporaciones de todo el planeta. En este complejo y trascendental asunto el gobierno cubano debe comenzar a despojarse de su inmovilismo e indolencia para tomar conciencia de que el silencio y la manipulación comienzan a ser cosas del pasado, porque el mundo observa sensible y solidario y los cubanos más humildes, tantas veces engañados y traicionados, comienzan a sentir el despertar liberador de su autoestima.